

REBECCA SOLNIT

Wanderlust

UNA HISTORIA DEL CAMINAR

Traducción de Andrés Anwandter



PREFACIO
SEGUIR CAMINANDO

El 1 de enero de 1999, a la edad de ochenta y nueve años, Doris Haddock, más conocida como Granny D, partió a caminar por Estados Unidos para demandar una reforma en el financiamiento de campañas; llegó a la capital de la nación catorce meses y 5.150 kilómetros después. No es coincidencia que haya elegido una actividad que requiere de apertura, compromiso y pocos gastos para protestar contra la corrosión oculta del gran dinero. Los británicos ganaron una batalla diferente con la legislación del derecho a deambular aprobada en el 2000, pero solo ahora aplicable con la aparición de los nuevos mapas oficiales y otras guías para las zonas rurales recientemente accesibles. Las batallas contra los dueños de la propiedad privada continúan, pero buena parte de la isla es más abierta ahora que antes. Y se han alcanzado otras victorias: peatonalizar ciudades y repensar el diseño urbano, dejar que los niños nuevamente caminen a la escuela, prohibir los automóviles en los centros de las ciudades los domingos, o una vez al año, o incluso todo el tiempo. El nuevo milenio llegó como una dialéctica entre ocultamiento y apertura; entre concentración y dispersión del poder; entre privatización y propiedad pública, poder y vida privada, y el caminar ha estado siempre del lado de las últimas.

El 15 de febrero de 2003, la policía calculó que cerca de setecientas cincuenta mil personas se volcaron a las calles de Londres, aunque los organizadores pensaron que dos millones era una cifra más precisa. Unos cincuenta mil caminaron en Glasgow, cerca de cien mil en Dublín; el triple de

eso en Berlín, tres millones de personas en Roma, cien mil en París, un millón y medio en Barcelona y dos millones en Madrid. Manifestaciones sudamericanas en Río de Janeiro, Buenos Aires, Santiago y otras ciudades tuvieron lugar ese mismo día; se juntaron caminantes en Seúl, Tokio, Tel Aviv, Bagdad, Karachi, Detroit, Ciudad del Cabo, Calcuta, Estambul, Montreal, Ciudad de México, Nueva York, San Francisco, Sídney, Vancouver, Moscú, Teherán, Copenhague, pero nombrar solo las ciudades grandes es pasar por alto la pasión en Toulouse, en Malta, en pequeños pueblos de Nuevo México y Bolivia, en la nación inuit del norte de Canadá, en Montevideo, en Mostar; en Sfax, Túnez, donde los marchantes fueron golpeados por la policía; en Chicoutimi, Quebec, donde el viento helado dejó la temperatura bajo cero; en Juneau, Alaska, y en la Isla Ross en la Antártida, donde los científicos no caminaron muy lejos, pero posaron para unas fotografías antibé, dando testimonio de que hasta el séptimo continente estaba presente.

La caminata global de más de treinta millones de personas hizo al *New York Times* llamar a la sociedad civil «la otra superpotencia mundial». Ese día, el 15 de febrero de 2003, no logró parar la guerra contra Irak, aunque puede haber cambiado los parámetros de dicha guerra; Turquía, por ejemplo, bajo intensa presión ciudadana, rechazó que sus bases aéreas fueran utilizadas para el ataque. El siglo XXI ha emergido como una era de poder popular y protesta pública. En Latinoamérica en particular, ese poder ha sido muy tangible, derribando regímenes, deshaciendo golpes, protegiendo recursos de los especuladores extranjeros, socavando la agenda liberal del Área de Libre Comercio de las Américas. Desde estudiantes en Belgrado a granjeros en Corea, actos públicos colectivos han sido relevantes. El caminar en sí mismo no ha cambiado el

mundo, pero caminar juntos ha sido un rito, una herramienta y un fortalecimiento de la sociedad civil que puede hacerle frente a la violencia, al miedo y la represión. De hecho, es difícil imaginarse una sociedad civil viable sin la asociación libre y el conocimiento del terreno que viene con el caminar. Una población secuestrada o pasiva no es realmente una ciudadanía.

La marcha de cincuenta mil personas en Seattle, que culminó con la clausura de la reunión de la Organización Mundial de Comercio el 30 de noviembre de 1999, fue el comienzo de una nueva era en la que el movimiento global le hizo frente a la versión corporativa de la globalización, con sus amenazas contra lo local, lo democrático, lo no homogeneizado y lo independiente. El 11 de septiembre de 2001 y el colapso de las Torres Gemelas es la otra fecha que suele elegirse como tormentoso comienzo del nuevo milenio, y quizás la respuesta más profunda ante ese terrorismo fue la primera: las decenas de miles de neoyorquinos que se alejaron caminando del peligro, a pie, como ciudadanos familiarizados con sus calles y como seres humanos dispuestos a ofrecer ayuda a extranjeros; llenaron las avenidas como un desfile sombrío, transformaron el Puente de Brooklyn en una ruta peatonal y finalmente hicieron de Union Square un ágora para el duelo y el debate público. Aquellas decenas o cientos de miles de personas viviendo en público, desarmadas, comprometidas e iguales, eran lo opuesto al secretismo y la violencia que caracterizaron tanto los ataques como la revancha de Bush (y la guerra sin relación en Irak). Que buena parte del movimiento antiguerra haya consistido en grupos masivos de caminantes no es coincidencia.

La mejor evidencia de la fuerza de un grupo de personas desarmadas caminando juntas por las calles es la agresiva

serie de medidas tomadas en Estados Unidos y el Reino Unido para controlar o parar definitivamente estas multitudes: en la Convención Nacional Republicana en Nueva York en agosto de 2004; en Gleneagles, Escocia, durante la cumbre del G8 un año después, así como en cualquier conferencia de la globalización corporativa desde 1999, sea la OMC, el FMI, el Banco Mundial, el Foro Mundial Económico o el G8. Estas cumbres, en las cuales el poder de pocos se contraponen al de muchos, rutinariamente han requerido la construcción de estados policiales transitorios alrededor de ellas, gastándose millones de libras, dólares, euros o yenes en fuerzas de seguridad, armamento, vigilancia, cercos y barreras, un mundo brutalizado en defensa de políticas brutales.

Pero hay fuerzas más insidiosas dirigidas contra el tiempo, el espacio y la voluntad de caminar, y contra la versión de la humanidad que dicho acto encarna. Una de ellas es la saturación de lo que llamo «el tiempo entremedio», el tiempo que toma caminar hacia o desde un lugar, de callejear, de hacer trámites. Ese tiempo ha sido despreciado como un escombros, reducido, y lo que queda de él copado con audífonos que tocan música o teléfonos móviles que transmiten conversaciones. La misma habilidad para apreciar este tiempo libre, la utilidad de lo inútil, parece evaporarse, como lo hace la apreciación del estar fuera –incluso fuera de lo familiar; las conversaciones por teléfonos móviles parecen servir como una barrera contra la soledad, el silencio y los encuentros con lo desconocido. Es difícil señalar a la tecnología en sí misma como culpable, ya que la marcha global del 15 de febrero de 2003 fue coordinada a través de internet, pero el despliegue comercial de la tecnología suele estar en contra de aquellas cosas que son libres y gratis. Otros cambios son más fáciles de señalar, factores que en general se han intensificado en los años desde que escribí *Wanderlust*.

La obesidad y sus crisis de salud relacionadas se vuelven cada vez más una pandemia transnacional: en más partes del mundo personas se inmovilizan y sobrealimentan desde la infancia, en una espiral descendente en la cual el cuerpo inactivo se vuelve cada vez menos capaz de acción. Porque la obesidad no es circunstancial –gracias a un mundo de diversiones digitales, estacionamientos y suburbios– sino conceptual en su origen. Cuando la gente olvida que sus cuerpos pueden ser adecuados a los desafíos que enfrentan, y usarse con placer, percibe e imagina sus cuerpos como esencialmente pasivos, un tesoro o una carga, pero no como una herramienta para el trabajo y el viaje. El material promocional para los escúteres motorizados Segway, por ejemplo, afirma que recorrer distancias cortas en ciudades e incluso bodegas es un desafío que solo las máquinas pueden resolver; se ha borrado la adecuación de los pies para andar la distancia, junto con los milenios en que nos movimos sin máquinas. La lucha contra este colapso de la imaginación y el compromiso puede ser tan importante como las batallas por la libertad política, porque solo al recuperar un sentido de poder inherente podemos comenzar a resistir tanto las opresiones como la erosión del cuerpo vital en acción.

Y mientras el clima se calienta y el petróleo se acaba, esta recuperación va a ser muy importante, más importante quizás que los «combustibles alternativos» y los otros modos de continuar por la ruta motorizada antes que reclamar las alternativas. Suelo estar en desacuerdo con activistas del caminar y la bicicleta que creen que la infraestructura es todo; que si la construyes ellos vendrán. Yo creo que la mayoría de los seres humanos de las zonas industriales necesitan repensar el tiempo, el espacio y sus propios cuerpos antes de que estén equipados para ser tan urbanos y tan peatones (o al menos no motorizados) como sus predecesores. Solo

en lugares como Manhattan y Londres las personas –algunas personas– parecen recordar cómo integrar el tránsito público y sus propias piernas en una forma efectiva, ética y a veces profundamente placentera de navegar el terreno de sus vidas cotidianas.

Escribí *Wanderlust* a finales de los noventa, en un mundo que ya estaba polarizado, y me desconcertó que a lectores y reseñistas les gustara tanto. Quizás fue el placer de leer sobre peregrinajes y paseos de prostitutas lo que les impidió ver que este libro también es una crítica a la industrialización, la privatización de terrenos públicos, la opresión y el confinamiento de las mujeres, los suburbios, la incorporeidad de la vida cotidiana y algunas otras cosas parecidas. El libro abrió para mí un inmenso territorio que he seguido explorando; en cierta manera, mi libro de 2003 sobre Eadweard Muybridge continuó mi investigación sobre la industrialización del tiempo y el espacio y la aceleración de la vida cotidiana que comenzó con *Wanderlust*; *Hope in the Dark* profundizó en el poder de los ciudadanos en las calles para cambiar el mundo; *A Field Guide to Getting Lost* desarrolló más los usos del vagabundeo y la incertidumbre. Estoy aún caminando el terreno de *Wanderlust*, que fue para mí un mapa del mundo, selectivo como son todos los mapas, pero también amplio.

Uno de los grandes placeres de investigar y escribir este libro fue llegar a una serie de conclusiones y descripciones en las cuales se reconciliaron muchas divisiones comunes. Al caminar, la mente y el cuerpo pueden trabajar en conjunto, de modo que el pensamiento se vuelve un acto casi físico, rítmico (hasta ahí llega la división cartesiana mente/cuerpo). Tanto la espiritualidad como la sexualidad tienen relación con el caminar; los grandes caminantes suelen moverse del mismo modo por lugares urbanos y rurales; e

incluso el pasado y el presente se reúnen cuando caminas como lo hicieron los antiguos o revives algún evento de la historia o de tu propia vida al desandar su ruta. Y cada caminata se mueve por el espacio como una hebra por el tejido, zurciéndolo en una experiencia continua –tan diferente al modo en que el viaje aéreo corta en trozos el tiempo y el espacio, como lo hacen también los autos y los trenes. Es esta continuidad una de las cosas que creo perdimos en la era industrial, pero podemos elegir reclamarla, una y otra vez, y algunas personas lo hacen. Los campos y las calles están esperando.

R.S.

I

EL PASO DE LOS PENSAMIENTOS

1. RECORRER UNA COLINA: INTRODUCCIÓN

¿Dónde comienza? Los músculos se tensan. Una pierna, una columna, sostienen el cuerpo erguido entre la tierra y el cielo. La otra, un péndulo que viene balanceándose de atrás. El talón toca el suelo. Todo el peso del cuerpo se desplaza hacia adelante sobre el tercio anterior del pie. El dedo gordo se retira y, con un sutil equilibrio, el peso del cuerpo cambia otra vez. Las piernas invierten sus posiciones. Comienza con un paso, luego con otro paso y luego con otro, y todos ellos se suman como golpes de tambor siguiendo un ritmo, el ritmo del caminar. La cosa más fácil pero también la más extraña del mundo, este andar que inmediatamente se acerca a la religión, la filosofía, el paisaje, las políticas urbanas, la anatomía, la alegría y la tristeza.

La historia del caminar es una historia no escrita, secreta, cuyos fragmentos pueden hallarse no solo en miles de párrafos poco destacados de algunos libros sino también en canciones, en calles o en las vivencias de cada cual. La historia corporal del caminar es la historia de la evolución bípeda y de la anatomía humana. La mayor parte del tiempo caminar es algo simplemente funcional, un medio de locomoción entre dos sitios que no tiene importancia alguna. Hacer del caminar una investigación, un ritual, una meditación supone formar un subconjunto especial del caminar, fisiológicamente igual y filosóficamente distinto al modo en que el cartero reparte la correspondencia y el oficinista alcanza su tren, lo que equivale a decir que el tema del caminar tiene que ver, en cierto modo, con la manera en que revestimos actos universales de significados particulares. Como respirar o comer, caminar puede ser investido de significados culturales extremadamente diferentes, desde lo erótico hasta lo espiritual, desde lo revolucionario

Es más bien extraordinario ver que, desde que el hombre dio su primer paso, nadie se ha

hasta lo artístico. Aquí comienza este relato para volverse parte de la historia de la imaginación y la cultura, de las diversas suertes de placer, libertad y sentido que persiguen en tiempos distintos los diferentes tipos de caminares y caminantes. Porque la imaginación ha moldeado, y a su vez ha sido moldeada, por los espacios que atraviesa sobre dos pies. El caminar ha creado senderos, caminos, rutas comerciales; ha hecho surgir sentimientos de pertenencia a una región y a todo un continente; ha configurado ciudades, parques; ha generado mapas, guías, equipos y, todavía más, una vasta biblioteca de relatos y poemas sobre el caminar, sobre peregrinaciones, rutas de senderismo y montaña, callejeos y meriendas campestres veraniegas. Los paisajes, urbanos y rurales, originan relatos y los relatos nos llevan de vuelta a los lugares de esta historia.

Esta historia del caminar es una historia amateur, tal y como caminar es un acto amateur. Para usar una metáfora andante pertinente, el caminar supone adentrarse sin permiso en los campos más diversos –anatomía, antropología, arquitectura, jardinería, geografía, historia política y cultural, literatura, sexualidad, estudios religiosos– y, siguiendo su largo camino, no se detiene en ninguno de ellos, porque si un campo de conocimiento puede ser imaginado como un campo real –un terreno rectangular perfectamente limitado y cultivado con muchísimo cuidado que produce una determinada cosecha–, por su ausencia de límites pensar sobre caminar se asemeja al caminar mismo. Y, si bien *la* historia del caminar, siendo como es parte de todos estos campos y de la experiencia de cada uno, es prácticamente infinita, *esta* historia del caminar que estoy escribiendo no puede sino ser parcial, un camino idiosincrático, trazado por una caminante que vuelve sobre sus propios pasos y mira alrededor. En lo que sigue, he tratado de trazar los caminos que llevaron a la

preguntado por qué camina, cómo camina, si alguna vez ha caminado, si podría caminar

mayor parte de mi país, Estados Unidos, hasta el momento presente, una historia compuesta principalmente por fuentes europeas, conjugadas y trastocadas por la escala enormemente diferente del espacio americano, por los siglos de adaptación y cambio vividos aquí y por las otras tradiciones que recientemente han coincidido en esos caminos, especialmente las tradiciones asiáticas. La historia del caminar es la historia de todos y cualquier versión escrita puede aspirar solamente a señalar algunos de los caminos más trillados en las inmediaciones de su autor, lo que equivale a decir que los caminos que trazo no son los únicos caminos.

Un día de primavera me senté a escribir sobre caminar y tuve que parar, un escritorio no es lugar para pensar a lo grande. En una colina situada al norte del Golden Gate, salpicada de fortificaciones militares abandonadas, subí caminando un valle hasta alcanzar la cresta de un cerro para bajar después hacia el Pacífico. Tras un invierno extraordinariamente lluvioso, la primavera había llegado y los cerros se habían teñido de ese verde exuberante y desenfrenado que olvido y redescubro año tras año. Entre los brotes, asomaba hierba del año anterior, su dorado veraniego vuelto gris ceniciento por la lluvia, el color de la paleta más tenue de todo el año. Henry David Thoreau, que caminó más enérgicamente que yo al otro lado del continente, escribió sobre aquellas tierras: «Unas vistas absolutamente nuevas provocan una gran felicidad y además cualquier tarde puedo alcanzarlas. Dos o tres horas de caminata me llevan a una tierra tan extraña como ninguna que jamás haya visto. Una mera granja vista por primera vez puede ser tan magnífica como los dominios del rey de Dahomey. Hay de hecho una suerte de armonía comprobable entre las potencialidades de un paisaje dentro de un radio de diez millas, o

mejor, qué consigue al caminar... preguntas que están ligadas a todos los sistemas

los límites de un paseo vespertino, y los setenta años de una vida humana. El paisaje nunca te será familiar».¹

Estos senderos y caminos unidos unos con otros forman un circuito de unos diez kilómetros que comencé a recorrer hace una década para deshacerme caminando de la angustia que me dominó durante un año complicado. Regresé una y otra vez a esta ruta, tanto para darme un respiro de mi trabajo como también solo por caminar, porque, en una cultura orientada a la producción, se suele creer que pensar es no hacer nada y no es fácil no hacer nada. Se puede lograr disfrazándolo como hacer algo y ese algo más parecido a hacer nada es el caminar. Caminar en sí mismo es el acto voluntario más parecido a los ritmos involuntarios del cuerpo, a la respiración y al latido del corazón. Caminar supone un sutil equilibrio entre trabajo y ocio, entre ser y hacer. Se trata de una actividad corporal que no produce nada más que pensamientos, experiencias, llegadas. Y después de tantos años de caminar para resolver otras cosas, pensé que tenía lógica volver a trabajar cerca de casa, a la manera y por las razones de Thoreau, para pensar sobre el caminar.

Lo ideal sería caminar en un estado en el cual la mente, el cuerpo y el mundo están alineados, como si fueran tres personajes que por fin logran mantener una conversación, tres notas que de pronto alcanzan un acorde. Caminar nos permite estar en nuestros cuerpos y en el mundo sin que ni uno ni otro nos apremie a nada. Nos deja libres para pensar sin perdernos del todo en nuestros pensamientos. No estaba segura de que fuera aún demasiado temprano o ya demasiado tarde para admirar las espectaculares flores de lupino de color púrpura que suelen crecer en estas colinas, pero las cardaminas crecían en el lado sombrío de la calle, avanzando hacia el sendero, y me recordaban las laderas de mi infancia que florecían todos los años con la abundancia

filosóficos, psicológicos, y políticos que preocupan al mundo. Honoré De Balzac,

característica de estas flores blancas. Mariposas negras revoloteaban a mi alrededor, agitadas por la brisa y sus alas, evocando otra época de mi pasado. Moverse a pie parece hacer más fácil viajar en el tiempo: la mente vaga entre planes, recuerdos y percepciones.

El ritmo del caminar genera un tipo de ritmo del pensar y el paso a través de un paisaje resuena o estimula el paso a través de una serie de pensamientos. Ello crea una curiosa consonancia entre el paisaje interno y el externo, sugiriendo que la mente es también una especie de paisaje y que caminar es un modo de atravesarlo. En muchas ocasiones, un nuevo pensamiento parece un aspecto del paisaje que estaba siempre ahí, como si pensar fuera recorrer más que hacer. Y, de ese modo, un aspecto de la historia del caminar es la historia del pensamiento que se hace concreto, porque los movimientos de la mente no pueden ser trazados, pero sí los de los pies. Caminar también puede imaginarse como una actividad visual: cada caminata es un paseo lo suficientemente relajado como para mirar y pensar sobre las vistas, integrar lo nuevo en lo conocido. Quizás este es el origen de la singular utilidad del caminar para los pensadores. Las sorpresas, las liberaciones y los esclarecimientos propios de un viaje pueden alcanzarse tanto dando una vuelta a la manzana como alrededor del mundo, y caminar es viajar cerca y lejos a la vez. O quizás el caminar debiera considerarse movimiento, no viaje, porque uno puede caminar en círculos o viajar alrededor del mundo inmobilizado en un asiento, y una determinada ansia viajera puede ser apaciguada solo con los actos del cuerpo mismo en movimiento, no con el movimiento del automóvil, el barco o el avión. Es el movimiento junto a las vistas que se suceden lo que parece hacer que ocurran cosas en la mente, y esto es lo que vuelve el caminar ambiguo e infinitamente fértil: caminar es, a la vez, medio y fin, viaje y destino.

Théorie de la démarche.